

EL TOLL



El extraordinario yacimiento prehistórico de Moyá

Por JOSÉ DE C. SERRA Y RÁFOLS

Es bien sabido que las cuevas fueron lugares muy buscados por el hombre primitivo para lugar de habitación y sepultura, según los casos, y a veces, con frecuencia, utilizadas para ambos menesteres. No es que las cuevas fuesen indispensables para nuestros lejanos progenitores, pues éstos vivieron también en las comarcas donde no existen tales refugios, debido a que la constitución geológica del terreno no se presta a su formación, pero en aquellas otras donde se presentan tales cavidades naturales, puede afirmarse que no hubo una sola que dejase de ser aprovechada en un momento u otro de los tiempos prehistórico, y a veces a todo lo largo de ello.

Para el prehistoriador, el estudio de las cuevas bajo el punto de vista

de su ocupación humana tiene un interés de primer orden, ya que es donde puede esperarse con más confianza encontrar sus restos estratificados a lo largo del tiempo, es decir, superpuestos los más modernos a los más antiguos, superposición que es la base más firme en que puede basarse su cronología, por lo menos en el estado actual de la ciencia. Desgraciadamente muchas cuevas a lo largo de los siglos y los milenios han sido vaciadas de la tierra que contenían, y con ella de los restos de su ocupación, ya por mano del hombre, ya por los agentes naturales, especialmente el agua, sobre todo cuando su piso natural formaba pendiente hacia el exterior. Las cuevas que están en este caso carecen casi

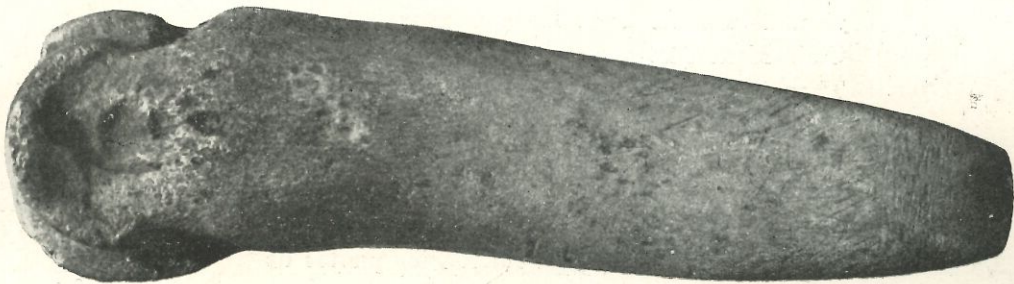
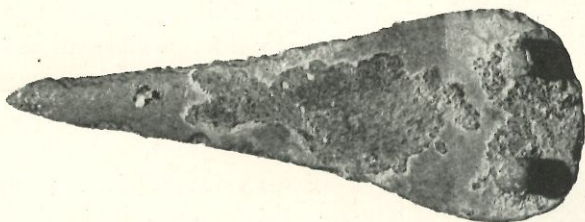
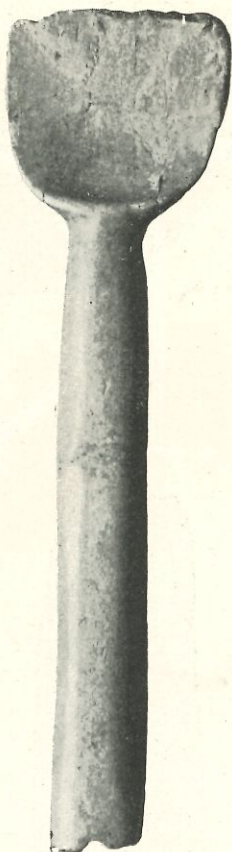
siempre de interés como estaciones arqueológicas, excepto si existen en sus paredes pinturas o grabados de época prehistórica.

En otro gran número de cuevas, acaso la mayoría, su yacimiento ha sido más o menos profundamente removido, bien por ocupantes humanos más modernos, bien por animales que hicieron de ellas su guarida, cuando el hombre había superado el trogloditismo, bien por buscadores de tesoros, bien por exploradores ocasionales, perdiendo con ello una parte más o menos grande de su interés.

Pero quedan todavía bastantes que ofrecen el

suficiente para merecer ser estudiadas científicamente, sin contar que muchas, cuyos nombres figuran en la bibliografía arqueológica, sólo han sido excavadas parcialmente y a veces sin la debida atención, pues hay que pensar que la excavación científica de una gran cueva requiere mucho tiempo e importantes medios materiales, de los que no siempre se dispone.

De ahí el interés que siempre ofrece excavar una cueva que no haya sido removida, y por lo menos en tiempos históricos, y en cuya exploración se pueda contar con aquellos elementos. Tal ha sido el caso afortunado de la cueva del Toll, en el término de la histórica villa de Moyá. Esta cueva era inmemorialmente conocida en la comarca, pero los espeleólogos no la habían concedido ninguna importancia, como lo demuestra el hecho de no figurar en los catálogos espeleológicos redactados por Font y Sagner, Faura y Sans, etc. Se trata de una resurgencia de agua todavía activa,



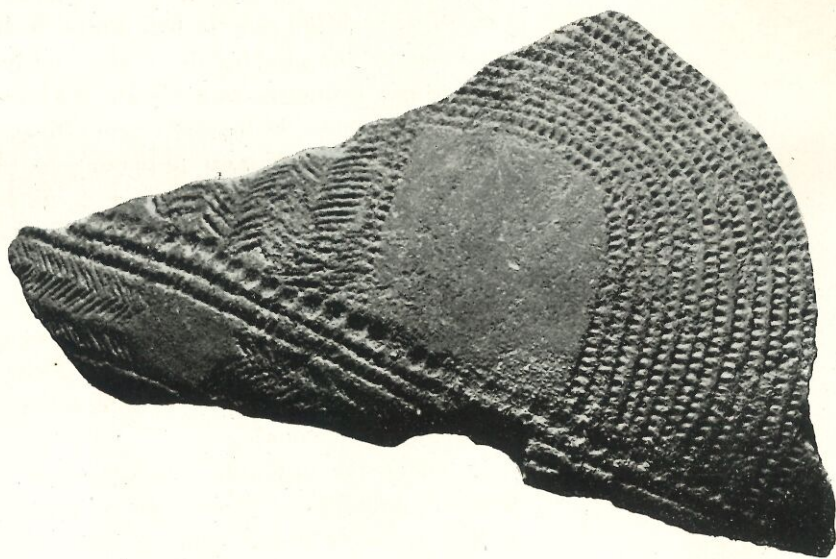
pero que lo debió ser mucho más en otros períodos, que funciona en momentos variables, dependientes de la intensidad de las lluvias y su localización. De ahí que esta caverna no hubiese llamado la atención de los arqueólogos, ya que saliendo de ella una masa de agua a veces considerable, ni era probable hubiese sido nunca utilizada por el hombre primitivo, ni que, si en circunstancias climáticas diferentes se hubiese dado aquel caso, podían quedar restos de aquella ocupación, que habrían sido posteriormente arrastrados por el agua.

Pero los espeleólogos del Grupo de Exploraciones Subterráneas del Club Montañés decidieron emprender su estudio desde el punto de vista de su ciencia, y fué en el curso de una de sus exploraciones cuando el miembro del mismo, señor Rovira Luitz, encontrándose a



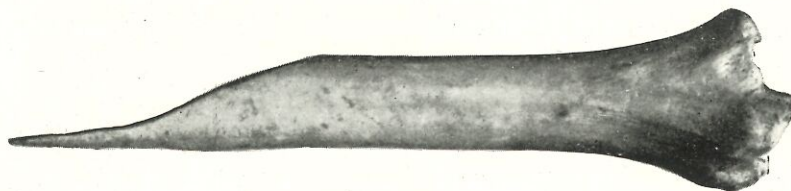
una distancia de más de 700 metros de la entrada, en una galería lateral fuera del curso del río subterráneo, punto al cual no habían llegado nunca anteriores visitantes (éstos no pasaron en ninguna ocasión de los primeros centenares de metros de la estrecha galería que forma El Toll, siguiendo el trazado de la red de diaclasas, sin arrestos para vencer las grandes dificultades que presenta el avance, debido a los múltiples sifones y laminadores), tuvo la inmensa sorpresa de descubrir, semisepultadas en el fango, unas grandes tinajas de factura prehistórica que demostraban una remota ocupación humana.

El hecho determinó la intervención de la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas, que fué requerida al efecto por don Sebastián Oller, culto patricio descendiente de Moyá, que se dió cuenta en el acto de la posibilidad de que el yacimiento prehistórico fuese destruido por exploradores clandestinos que, con la fácil seguridad que da el saber que un paso difícil ha sido ya superado por otros, siguieran inmediatamente el camino trazado por el señor Rovira. Puesta de acuerdo la Comisaría con el Club Montañés, representado por los señores Thomas y Rovira, y contando también con la preciosa colaboración del Grupo de Estudios Moyanés, presididos todos por don Sebastián Oller, nombrado en este momento Comisario Local de Excavaciones Arqueológicas, se planeó la exploración de la cueva desde los puntos de



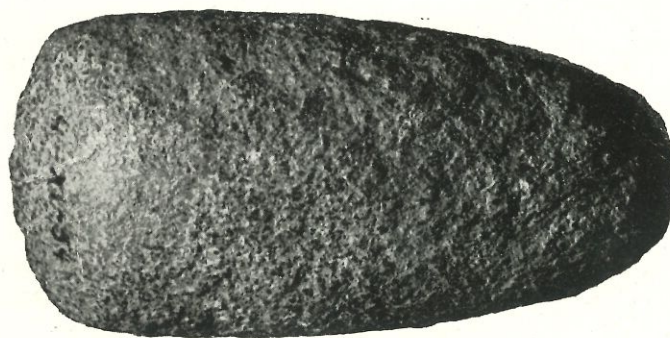
vista espeleológico y arqueológico. Se llegó en seguida a la conclusión de que las tinajas descubiertas no habían podido llegar a aquel lugar siguiendo el camino de los modernos exploradores, y que por lo tanto había de existir otra entrada actualmente cegada. No detallaremos las mil dificultades y trabajos que originó la búsqueda de esta entrada, sólo diremos que su descubrimiento se debió al esfuerzo conjugado de todos y en especial a la tenacidad del señor Oller, que puso una voluntad inflexible en alcanzar este resultado, al mismo tiempo que se convertía en el mecenas de esta costosa empresa.

Estos esfuerzos fueron coronados por el éxito en octubre de 1954, al descubrirse la verdadera entrada antigua, a unos 60 metros del lugar en que se encontraron los primeros vestigios de ocupación humana, espacio que hubo que recorrer abriéndose penosamente camino por una galería totalmente taponada de tierra acumulada por las crecidas del río subterráneo. Empezó entonces la verdadera excavación, que está lejos de haber sido terminada. Diremos sola-



mente que la cueva debió quedar cegada en el curso de la Edad del Bronce, antes de las invasiones de los pueblos de origen europeo que trajeron a nuestro país el rito funerario de la incineración de los cadáveres (invasiones que empezaron durante la primera mitad del primer milenio antes de J. C.), de los cuales no se ha encontrado vestigio alguno, ni en las capas superiores del yacimiento. En cambio, hay ricos estratos neolíticos y eneolíticos con interesantísimos hallazgos de cerámica, objetos de hueso, concha y piedra, y, en los niveles superiores, los más antiguos instrumentos de metal.

La cueva fué utilizada a la vez como vivienda y necrópolis. Prueba de lo primero son los restos de hogares que se han descubierto, y de lo segundo, el hallazgo de esqueletos humanos rodeados de los objetos de ofrenda que los acompañaban en sus sepulturas. No hay que pensar que no ofrezca remociones, aunque éstas sean de época prehistórica, cosa natural, ya que la ocupación de la caverna debió durar varios siglos. Para la industria del trabajo del hueso la cueva del Toll es ya la más importante estación prehistórica catalana hasta ahora descubierta, y para las industrias del sílex tallado y de la piedra pulimentada ocupa igualmente un lugar muy destacado. Por la cerámica, es la más antigua conocida entre nosotros, aquella que se decora ricamente con motivos obtenidos mediante la aplicación sobre el barro fresco antes de la cocción, de conchas del molusco llamado «cardium», compite ya con las cuevas de Montserrat, famosas en este concepto entre todas las demás. Como hemos dicho, la excavación está sólo comenzada, pero existe el propósito, siguiendo orientaciones verdaderamente científicas, de dejar



una parte importante del yacimiento sin excavar, a fin de que los científicos del futuro puedan, si lo creen oportuno, verificar y comprobar el resultado de los trabajos efectuados por nosotros a mediados del siglo XX.

Pero, además, en la cueva del Toll, inmediatamente por debajo de los estratos con industria humana, aparecen otros del cuaternario, de una época en que en lugar de servir de refugio al hombre lo fué de los grandes mamíferos de la época, en especial de la hiena y el oso de las cavernas, de los que han quedado restos fósiles abundantísimos de los esqueletos, además de coprolitos y otras señales de su presencia. Para estas especies el Toll es la más importante estación paleontológica de España. No es seguro que en el cuaternario, es decir, durante el paleolítico, hubiese sido en algún momento ocupada por el hombre, y más bien parece lo contrario. Los señores Thomas y F. de Villalta se han encargado de esta parte del estudio. Todos los hallazgos encontrarán digno albergue en el Museo de Moyá, que funciona bajo el patrocinio de la Excelentísima Diputación Provincial.



En la página 33: *cuchara plana de hueso; aguja de hueso para coser pieles; puñalito de cobre; gubia de hueso para el trabajo de la cerámica.*

Página de enfrente: *Fragmento de un vaso con decoración de impresiones de cardium; punta de flecha de sílex; cuchillo de sílex; punzón de hueso.*

En esta página: *Hacha de piedra (basalto); puñal votivo de hueso; vaso cerámico hecho a mano, en forma de cazuela.*

